



Goethe

El cuento de la Serpiente Verde



E LEJANDRIA



Goethe

El cuento de la Serpiente Verde



E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

EL CUENTO DE LA SERPIENTE VERDE

GOETHE

PUBLICADO: 1795
FUENTE: [HTTPS://WWW.PROJEKT-GUTENBERG.ORG](https://www.projekt-gutenberg.org)
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

EL CUENTO DE LA SERPIENTE VERDE

Junto al gran río, que, crecido y desbordado por una fuerte lluvia reciente, yacía en su pequeña cabaña, cansado por los esfuerzos del día, el viejo barquero dormía. En mitad de la noche lo despertaron unas voces estruendosas; oyó que unos viajeros querían cruzar.

Al salir por la puerta, vio dos grandes fuegos fatuos flotando sobre la barca amarrada, quienes le aseguraron que tenían gran prisa y deseaban estar ya en la otra orilla. El anciano no se demoró, desató la barca y navegó, con su destreza habitual, a través de la corriente, mientras los extraños siseaban entre sí en una lengua desconocida y muy ágil, y de vez en cuando estallaban en una sonora carcajada, saltando de un lado a otro, ya sobre los bordes y los bancos, ya sobre el fondo de la barca.

—¡La barca se tambalea! —exclamó el anciano—. Y si seguís tan inquietos, puede zozobrar. ¡Sentaos, luces!

Ante esta exigencia, estallaron en una gran carcajada, se burlaron del anciano y se mostraron aún más inquietos que antes. Él soportó sus impertinencias con paciencia y pronto atracó en la orilla opuesta.

—¡Aquí tenéis por vuestra molestia! —exclamaron los viajeros, y al sacudirse, cayeron muchas piezas de oro reluciente en la húmeda barca.

—¡Por el amor de Dios! ¿Qué hacéis? —gritó el anciano—. ¡Me traeréis la mayor de las desgracias! Si una sola pieza de oro hubiera caído al agua, el río, que no soporta este metal, se habría alzado en

olas terribles y nos habría engullido, a la barca y a mí, ¡y quién sabe qué habría sido de vosotros! ¡Recoged vuestro dinero!

—No podemos recoger nada de lo que nos hemos sacudido — respondieron ellos.

—Entonces me dais la molestia adicional —dijo el anciano, agachándose y recogiendo las piezas de oro en su gorro— de tener que reunir las, llevarlas a tierra y enterrarlas.

Los fuegos fatuos habían saltado de la barca, y el anciano gritó:

—¿Y dónde está mi paga?

—¡Quien no acepta oro, que trabaje de balde! —exclamaron los fuegos fatuos.

—Debéis saber que solo se me puede pagar con los frutos de la tierra.

—¿Con frutos de la tierra? Los desdeñamos y nunca los hemos probado.

—Y sin embargo, no puedo dejaros marchar hasta que me prometáis que me entregaréis tres coles, tres alcachofas y tres cebollas grandes.

Los fuegos fatuos quisieron escabullirse bromeando, pero se sintieron, de una manera incomprensible, pegados al suelo; fue la sensación más desagradable que jamás habían tenido. Prometieron satisfacer su demanda próximamente; él los liberó y se alejó. Ya estaba bastante lejos cuando le gritaron:

—¡Anciano! ¡Escucha, anciano! ¡Hemos olvidado lo más importante!

Él ya se había ido y no los oyó. Se había dejado llevar río abajo por la misma orilla, donde, en una zona montañosa que el agua nunca podía alcanzar, quería enterrar el peligroso oro. Allí, entre altas rocas, encontró una enorme grieta, lo vertió dentro y regresó a su cabaña.

En esta grieta se encontraba la hermosa serpiente verde, a quien el tintineo de las monedas al caer despertó de su sueño. Apenas vio los discos brillantes, los devoró en el acto con gran avidez y buscó cuidadosamente todas las piezas que se habían esparcido entre los matorrales y las fisuras de las rocas.

Apenas las hubo tragado, sintió con la más agradable de las sensaciones cómo el oro se fundía en sus entrañas y se extendía por todo su cuerpo, y para su mayor alegría, notó que se había vuelto transparente y luminosa. Hacía mucho tiempo que le habían asegurado que este fenómeno era posible; pero como dudaba de que esta luz pudiera durar mucho, la curiosidad y el deseo de asegurarse para el futuro la impulsaron a salir de la roca para investigar quién podría haber esparcido aquel hermoso dinero. No encontró a nadie. Tanto más agradable le fue admirarse a sí misma mientras se arrastraba entre hierbas y arbustos, y la encantadora luz que difundía a través del fresco verdor. Todas las hojas parecían de esmeralda, todas las flores glorificadas de la manera más espléndida. En vano recorrió el solitario yermo; pero tanto más creció su esperanza cuando llegó a la llanura y vio a lo lejos un resplandor similar al suyo.

—¡Por fin encuentro a mis semejantes! —exclamó, y se apresuró hacia aquella dirección. No le importó la dificultad de arrastrarse por pantanos y cañaverales; pues aunque prefería vivir en prados secos de montaña y en altas grietas rocosas, disfrutar de hierbas aromáticas y saciar su sed con delicado rocío y agua fresca de manantial, por el amado oro y con la esperanza de la magnífica luz habría emprendido cualquier cosa que se le impusiera.

Muy fatigada, llegó finalmente a un húmedo cañaveral, donde nuestros dos fuegos fatuos iban y venían reflejándose. Se lanzó hacia ellos, los saludó y se alegró de encontrar a tan agradables señores de su parentela. Las luces se deslizaron junto a ella, saltaron sobre ella y rieron a su manera.

—Señora prima —dijeron—, aunque usted sea de la línea horizontal, eso no significa nada; ciertamente solo somos parientes

por el lado de la apariencia, pues fíjese usted (aquí ambas llamas, sacrificando toda su anchura, se hicieron tan largas y puntiagudas como fue posible), qué bien nos sienta a los señores de la línea vertical esta esbelta longitud. No se lo tome a mal, amiga mía, ¿qué familia puede presumir de ello? Desde que existen los fuegos fatuos, ninguno se ha sentado ni se ha acostado.

La serpiente se sintió muy incómoda en presencia de estos parientes, pues por mucho que levantara la cabeza, sentía que debía volver a inclinarla hacia el suelo para poder moverse, y si antes se había sentido extraordinariamente complacida en el oscuro bosquecillo, ahora su brillo en presencia de estos primos parecía disminuir a cada instante, e incluso temía que finalmente se extinguiera por completo.

En esta situación embarazosa, preguntó apresuradamente si los señores no podrían darle alguna noticia de dónde provenía el oro brillante que había caído recientemente en la grieta de la roca; sospechaba que era una lluvia de oro que goteaba directamente del cielo. Los fuegos fatuos rieron y se sacudieron, y una gran cantidad de piezas de oro saltaron a su alrededor. La serpiente se abalanzó rápidamente para devorarlas.

—¡Que le aproveche, señora prima! —dijeron los amables señores—. Podemos ofrecerle más.

Se sacudieron varias veces más con gran agilidad, de modo que la serpiente apenas podía tragar con suficiente rapidez el precioso manjar. Visiblemente, su brillo comenzó a crecer y resplandecía de la manera más magnífica, mientras que los fuegos fatuos se habían vuelto bastante delgados y pequeños, sin perder por ello ni una pizca de su buen humor.

—Os estaré eternamente agradecida —dijo la serpiente, tras haber recuperado el aliento después de su festín—. Pedidme lo que queráis; lo que esté en mi poder, os lo concederé.

—¡Muy bien! —exclamaron los fuegos fatuos—. Dinos, ¿dónde vive la bella Lirio? Llévanos lo más rápido posible al palacio y al jardín de

la bella Lirio, morimos de impaciencia por arrojarnos a sus pies.

—Este servicio —respondió la serpiente con un profundo suspiro— no puedo prestároslo de inmediato. La bella Lirio, por desgracia, vive al otro lado del agua.

—¡Al otro lado del agua! ¡Y nosotros nos dejamos cruzar en esta noche de tormenta! ¡Qué cruel es el río que ahora nos separa! ¿No sería posible volver a llamar al anciano?

—Os esforzaríais en vano —respondió la serpiente—, pues aunque lo encontrarais en esta orilla, no os acogería; puede traer a cualquiera, pero no llevar a nadie de vuelta.

—¡En menudo lío nos hemos metido! ¿No hay otro medio para cruzar el agua?

—Algunos hay, pero no en este momento. Yo misma puedo llevar a los señores, pero solo a la hora del mediodía.

—Esa es una hora en la que no nos gusta viajar.

—Entonces, por la tarde, podéis cruzar sobre la sombra del gigante.

—¿Cómo es eso?

—El gran gigante, que no vive lejos de aquí, no puede hacer nada con su cuerpo; sus manos no levantan una brizna de paja, sus hombros no soportarían una hoja de arroz; pero su sombra puede mucho, sí, todo. Por eso es más poderoso al amanecer y al atardecer, y así, por la tarde, solo hay que sentarse en la nuca de su sombra, el gigante camina entonces lentamente hacia la orilla y la sombra transporta al viajero al otro lado del agua. Pero si queréis encontraros a mediodía en aquella esquina del bosque, donde la espesura llega hasta la orilla, puedo llevaros y presentaros a la bella Lirio; si, por el contrario, teméis el calor del mediodía, solo tenéis que buscar al gigante hacia el atardecer en aquella ensenada rocosa, y seguro que se mostrará muy complaciente.

Con una ligera reverencia, los jóvenes señores se marcharon, y la serpiente se alegró de librarse de ellos, en parte para deleitarse con su propia luz, y en parte para satisfacer una curiosidad que la atormentaba de manera extraña desde hacía mucho tiempo.

En las grietas de las rocas por las que a menudo se arrastraba, había hecho un descubrimiento singular en un lugar. Pues aunque se veía obligada a arrastrarse por estos abismos sin luz, podía distinguir muy bien los objetos por el tacto. Estaba acostumbrada a encontrar por doquier solo productos irregulares de la naturaleza; a veces se deslizaba entre las puntas de grandes cristales, otras sentía los ganchos y filamentos de la plata nativa, y sacaba a la luz una que otra piedra preciosa. Pero, para su gran asombro, en una roca cerrada por todas partes, había sentido objetos que delataban la mano creadora del hombre. Paredes lisas por las que no podía trepar, cantos afilados y regulares, columnas bien formadas y, lo que le pareció más extraño, figuras humanas alrededor de las cuales se había enroscado varias veces y que debía de tomar por bronce o mármol sumamente pulido. Deseaba por fin reunir todas estas experiencias a través del sentido de la vista y confirmar lo que solo conjeturaba. Creía ser capaz ahora de iluminar con su propia luz esta maravillosa bóveda subterránea y esperaba conocer por fin completamente estos extraños objetos. Se apresuró y pronto encontró por el camino habitual la fisura por la que solía deslizarse hacia el santuario.

Cuando se encontró en el lugar, miró a su alrededor con curiosidad, y aunque su brillo no podía iluminar todos los objetos de la rotonda, los más cercanos se le hicieron lo suficientemente claros. Con asombro y reverencia, miró hacia un nicho resplandeciente en el que se erigía la efigie de un venerable rey, toda de oro puro. Por su tamaño, la estatua era más grande que un hombre, pero por su forma, era más bien el retrato de un hombre pequeño que de uno grande. Su cuerpo bien formado estaba envuelto en un simple manto, y una corona de roble sujetaba sus cabellos.

Apenas la serpiente hubo contemplado esta venerable efigie, cuando el rey comenzó a hablar y preguntó:

—¿De dónde vienes?

—De las grietas —respondió la serpiente—, donde habita el oro.

—¿Qué es más glorioso que el oro? —preguntó el rey.

—La luz —respondió la serpiente.

—¿Qué es más reconfortante que la luz? —preguntó aquel.

—La conversación —respondió ésta.

Mientras hablaban, había mirado de reojo y visto en el nicho siguiente otra magnífica imagen. En ella estaba sentado un rey de plata, de figura alta y más bien esbelta; su cuerpo estaba cubierto con un ropaje adornado, y la corona, el cinturón y el cetro estaban engastados con piedras preciosas; tenía la serenidad del orgullo en su rostro y parecía a punto de hablar, cuando en la pared opuesta una veta, que corría oscura a través de ella, de repente se iluminó y difundió una agradable luz por todo el templo. Con esta luz, la serpiente vio al tercer rey, que, de bronce y figura poderosa, estaba sentado, apoyado en su maza, adornado con una corona de laurel, y se parecía más a una roca que a un hombre. Quiso mirar al cuarto, que se encontraba a mayor distancia de ella, pero la pared se abrió, mientras la veta iluminada centelleaba como un relámpago y desaparecía.

Un hombre de mediana estatura que salió atrajo la atención de la serpiente. Iba vestido como un campesino y llevaba en la mano una pequeña lámpara, en cuya llama serena uno se deleitaba en mirar, y que de manera maravillosa, sin proyectar siquiera una sombra, iluminaba toda la cúpula.

—¿Por qué vienes, si tenemos luz? —preguntó el rey de oro.

—Sabéis que no debo iluminar la oscuridad.

—¿Termina mi reino? —preguntó el rey de plata.

—Tarde o nunca —respondió el anciano.

Con voz potente, el rey de bronce comenzó a preguntar:

—¿Cuándo me levantaré?

—Pronto —respondió el anciano.

—¿Con quién debo unirme? —preguntó el rey.

—Con tus hermanos mayores —dijo el anciano.

—¿Qué será del más joven? —preguntó el rey.

—Se sentará —dijo el anciano.

—¡No estoy cansado! —exclamó el cuarto rey con voz áspera y tartamuda.

Mientras ellos hablaban, la serpiente se había deslizado silenciosamente por el templo, lo había observado todo y ahora examinaba de cerca al cuarto rey. Estaba apoyado en una columna, y su imponente figura era más torpe que hermosa. Sin embargo, el metal del que estaba fundido no se podía distinguir fácilmente. A decir verdad, era una mezcla de los tres metales de los que estaban formados sus hermanos. Pero durante la fundición, estas materias no parecían haberse mezclado bien; vetas de oro y plata corrían irregularmente a través de una masa de bronce y daban al conjunto un aspecto desagradable.

Entretanto, el rey de oro dijo al hombre:

—¿Cuántos secretos conoces?

—Tres —respondió el anciano.

—¿Cuál es el más importante? —preguntó el rey de plata.

—El manifiesto —respondió el anciano.

—¿Nos lo revelarás también a nosotros? —preguntó el de bronce.

—Tan pronto como sepa el cuarto —dijo el anciano.

—¡A mí qué me importa! —murmuró para sí el rey compuesto.

—Yo sé el cuarto —dijo la serpiente, se acercó al anciano y le siseó algo al oído.

—¡Es la hora! —exclamó el anciano con voz potente. El templo retumbó, las estatuas de metal resonaron, y en ese instante el anciano se hundió hacia el oeste y la serpiente hacia el este, y cada uno atravesó con gran rapidez las grietas de las rocas.

Todos los pasadizos por los que el anciano caminaba se llenaban inmediatamente de oro tras él, pues su lámpara tenía la maravillosa propiedad de transformar todas las piedras en oro, toda la madera en plata, los animales muertos en piedras preciosas y de aniquilar todos los metales; pero para ejercer este efecto, debía brillar completamente sola. Si había otra luz junto a ella, solo producía un hermoso resplandor, y todo ser vivo era siempre reanimado por ella.

El anciano entró en su cabaña, que estaba construida en la ladera de la montaña, y encontró a su esposa sumida en la mayor aflicción. Estaba sentada junto al fuego y lloraba sin poder consolarse.

—¡Qué desdichada soy! —exclamó—. ¡Ojalá no te hubiera dejado marchar hoy!

—¿Qué ocurre? —preguntó el anciano con toda calma.

—Apenas te has ido —dijo ella entre sollozos—, llegan dos viajeros impetuosos a la puerta; imprudentemente los dejo entrar, parecían un par de personas amables y decentes; iban vestidos con llamas ligeras, se les podría haber tomado por fuegos fatuos. Apenas están en casa, cuando empiezan a halagarme de manera descarada con sus palabras, y se vuelven tan insistentes que me avergüenzo de pensarlo.

—Bueno —respondió el hombre sonriendo—, los señores habrán bromeado; pues, a tu edad, deberían haberse limitado a la cortesía general.

—¡Qué edad! —exclamó la mujer—. ¿Siempre tengo que oír hablar de mi edad? ¿Qué edad tengo, pues? ¡Cortesía general! Yo sé lo que sé. Y mira a tu alrededor, cómo están las paredes; mira esas viejas

piedras, que no había visto en cien años; se han lamido todo el oro, no te imaginas con qué agilidad, y aseguraban siempre que sabía mucho mejor que el oro común. Cuando hubieron limpiado las paredes, parecían de muy buen humor, y ciertamente, en poco tiempo se habían vuelto mucho más grandes, anchos y brillantes. Entonces reanudaron sus travesuras, me acariciaron de nuevo, me llamaron su reina, se sacudieron y una multitud de piezas de oro saltaron por todas partes; todavía puedes ver cómo brillan allí debajo del banco; ipero qué desgracia! Nuestro doguillo comió algunas de ellas y, mira, ahí yace muerto junto a la chimenea; ipobre animal! No puedo consolarme. Lo vi cuando ya se habían ido, pues de lo contrario no habría prometido pagar su deuda con el barquero.

—¿Qué le deben? —preguntó el anciano.

—Tres coles, tres alcachofas y tres cebollas. He prometido llevarlas al río cuando amanezca.

—Puedes hacerles ese favor —dijo el anciano—; pues ellos también nos servirán en alguna ocasión.

—Si nos servirán, no lo sé, pero lo han prometido y jurado.

Entretanto, el fuego de la chimenea se había consumido, el anciano cubrió las brasas con mucha ceniza, apartó las brillantes piezas de oro, y entonces su lamparita volvió a brillar sola, con su hermoso resplandor; las paredes se cubrieron de oro y el doguillo se convirtió en el ónice más hermoso que uno pudiera imaginar. La alternancia de los colores marrón y negro de la preciosa gema lo convirtió en la más rara de las obras de arte.

—Toma tu cesto —dijo el anciano—, y pon el ónice dentro; luego toma las tres coles, las tres alcachofas y las tres cebollas, colócalas alrededor y llévalas al río. Hacia el mediodía, deja que la serpiente te cruce y visita a la bella Lirio, llévale el ónice, ella lo revivirá con su tacto, así como mata a todo ser vivo con su contacto; tendrá en él un fiel compañero. Dile que no se aflija, que su redención está

cerca, que puede considerar la mayor desgracia como la mayor felicidad, pues es la hora.

La anciana preparó su cesto y, al amanecer, se puso en camino. El sol naciente brillaba intensamente sobre el río, que resplandecía a lo lejos; la mujer caminaba con paso lento, pues el cesto le pesaba sobre la cabeza, y sin embargo no era el ónice lo que tanto pesaba. No sentía nada de lo muerto que llevaba, al contrario, entonces el cesto se elevaba y flotaba sobre su cabeza. Pero llevar una verdura fresca o un pequeño animal vivo le resultaba sumamente pesado. Había caminado un rato de mal humor cuando, de repente, se detuvo asustada, pues casi había pisado la sombra del gigante, que se extendía por la llanura hasta ella. Y solo entonces vio al imponente gigante salir del agua, donde se había bañado, y no supo cómo esquivarlo. Tan pronto como él la vio, comenzó a saludarla en broma, y las manos de su sombra se metieron de inmediato en el cesto. Con facilidad y destreza, tomaron una col, una alcachofa y una cebolla y se las llevaron a la boca del gigante, quien luego continuó río arriba, dejando libre el camino a la mujer.

Ella consideró si no sería mejor regresar y reponer las piezas que faltaban de su jardín, y mientras dudaba, siguió adelante, de modo que pronto llegó a la orilla del río. Se sentó largo rato esperando al barquero, a quien finalmente vio cruzar con un extraño viajero. Un joven, noble y hermoso hombre, a quien no podía dejar de mirar, bajó de la barca.

—¿Qué traes? —gritó el anciano.

—Son las verduras que os deben los fuegos fatuos —respondió la mujer, mostrando su mercancía.

Cuando el anciano encontró solo dos de cada clase, se enfadó y aseguró que no podía aceptarlas. La mujer le rogó encarecidamente, le contó que no podía volver a casa ahora y que la carga le resultaba pesada para el camino que tenía por delante. Él se mantuvo en su negativa, asegurándole que ni siquiera dependía de él.

—Lo que me corresponde, debo mantenerlo junto durante nueve horas, y no puedo aceptar nada hasta que haya entregado un tercio al río.

Después de mucho discutir, el anciano dijo finalmente:

—Queda un recurso. Si respondéis por el río y os declaráis deudora, aceptaré las seis piezas, pero conlleva cierto peligro.

—Si cumplo mi palabra, no corro ningún peligro, ¿verdad?

—Ni el más mínimo. Meted la mano en el río —prosiguió el anciano— y prometed que saldaráis la deuda en veinticuatro horas.

La anciana lo hizo, pero ¡cuál no fue su espanto al sacar la mano del agua, negra como el carbón! Regañó violentamente al anciano, asegurando que sus manos siempre habían sido lo más hermoso de ella, y que, a pesar del duro trabajo, había sabido mantener estas nobles partes blancas y delicadas. Miró la mano con gran disgusto y exclamó desesperada:

—¡Esto es aún peor! Veo que ha menguado, es mucho más pequeña que la otra.

—Ahora solo lo parece —dijo el anciano—; pero si no cumplís vuestra palabra, puede hacerse realidad. La mano irá desapareciendo poco a poco y finalmente desaparecerá por completo, sin que echéis de menos su uso. Podréis hacer todo con ella, solo que nadie la verá.

—Preferiría no poder usarla y que no se me notara —dijo la anciana—; pero en fin, no importa, cumpliré mi palabra para librarme pronto de esta piel negra y de esta preocupación.

Apresuradamente, tomó entonces el cesto, que se elevó por sí mismo sobre su cabeza y flotó libremente en el aire, y se apresuró tras el joven, que caminaba lento y pensativo por la orilla. Su magnífica figura y su singular atuendo habían impresionado profundamente a la anciana.

Su pecho estaba cubierto por una brillante coraza, a través de la cual se movían todas las partes de su hermoso cuerpo. Sobre sus hombros colgaba un manto de púrpura, y alrededor de su cabeza descubierta ondeaban cabellos castaños en hermosos rizos; su rostro amable estaba expuesto a los rayos del sol, así como sus pies bien formados. Con las plantas desnudas, caminaba serenamente sobre la arena caliente, y un profundo dolor parecía embotar todas las impresiones externas.

La habladora anciana intentó entablar conversación con él, pero él le respondió con pocas y breves palabras, de modo que finalmente, a pesar de sus hermosos ojos, se cansó de hablarle siempre en vano, se despidió de él y dijo:

—Vais demasiado despacio para mí, señor, no debo perder el momento de cruzar el río sobre la serpiente verde y llevar a la bella Lirio el excelente regalo de mi marido.

Con estas palabras, se alejó a toda prisa, y con la misma rapidez el hermoso joven se recompuso y la siguió de cerca.

—¡Vais a ver a la bella Lirio! —exclamó—. Entonces vamos por el mismo camino. ¿Qué regalo es ese que lleváis?

—Señor —respondió la mujer—, no es justo, después de haber rechazado mis preguntas con tanta parquedad, que me preguntéis con tanto ahínco por mis secretos. Pero si queréis hacer un trato y contarme vuestros avatares, no os ocultaré lo que concierne a mí y a mi regalo.

Pronto llegaron a un acuerdo; la mujer le confió sus circunstancias, la historia del perro, y le dejó contemplar el maravilloso obsequio.

Él sacó al instante la obra de arte natural del cesto y tomó en sus brazos al doguillo, que parecía descansar plácidamente.

—¡Feliz animal! —exclamó—. Serás tocado por sus manos, serás vivificado por ella, mientras que los vivos huyen de ella para no sufrir un triste destino. Pero, ¿por qué digo triste? ¡No es mucho más

desolador y angustioso ser paralizado por su presencia que morir por su mano! Miradme —dijo a la anciana—; a mi edad, ¡qué miserable estado tengo que soportar! Esta coraza, que llevé con honor en la guerra, esta púrpura, que intenté merecer con un gobierno sabio, me las ha dejado el destino, aquella como una carga inútil, esta como un adorno insignificante. La corona, el cetro y la espada han desaparecido, y por lo demás estoy tan desnudo y necesitado como cualquier otro hijo de la tierra, pues tan nefasto es el efecto de sus hermosos ojos azules, que arrebatan su fuerza a todo ser viviente, y aquellos a quienes su mano no mata al tocar, se sienten transportados al estado de sombras vivientes y errantes.

Así continuó lamentándose, sin satisfacer en absoluto la curiosidad de la anciana, que quería saber no tanto de su estado interior como del exterior. No supo ni el nombre de su padre ni el de su reino. Él acariciaba al duro doguillo, que los rayos del sol y el cálido pecho del joven habían calentado como si estuviera vivo. Preguntó mucho por el hombre de la lámpara, por los efectos de la luz sagrada y parecía prometerse mucho bien de ello para su triste estado en el futuro.

Mientras conversaban, vieron a lo lejos el majestuoso arco del puente, que se extendía de una orilla a la otra, brillando de la manera más maravillosa bajo el resplandor del sol. Ambos se asombraron, pues nunca habían visto aquella construcción tan espléndida.

—¡Cómo! —exclamó el príncipe—. ¿No era ya bastante hermosa cuando se erguía ante nuestros ojos como construida de jaspe y prasio? ¿No hay que temer pisarla, ahora que parece compuesta de esmeralda, crisoprasa y crisólito con la más encantadora variedad?

Ambos desconocían la transformación que había sufrido la serpiente, pues era la serpiente la que cada mediodía se arqueaba sobre el río y se presentaba en forma de un audaz puente. Los viajeros lo pisaron con reverencia y lo cruzaron en silencio.

Apenas llegaron a la otra orilla, el puente comenzó a oscilar y a moverse, en poco tiempo tocó la superficie del agua y la serpiente

verde, en su forma peculiar, se deslizó tras los viajeros por tierra. Apenas habían agradecido ambos el permiso para cruzar el río sobre su lomo, cuando notaron que, además de ellos tres, debía de haber varias personas más en el grupo, a las que, sin embargo, no podían ver con sus ojos. Oyeron a su lado un siseo, al que la serpiente respondió igualmente con un siseo; aguzaron el oído y finalmente pudieron entender lo siguiente:

—Primero nos pasaremos de incógnito por el parque de la bella Lirio —dijeron un par de voces alternas—, y os rogamos que, al caer la noche, tan pronto como estemos presentables, nos presentéis a la belleza perfecta. Nos encontraréis al borde del gran lago.

—Así se hará —respondió la serpiente, y un sonido siseante se perdió en el aire.

Nuestros tres viajeros deliberaron entonces en qué orden se presentarían ante la bella, pues por muchas personas que hubiera a su alrededor, debían entrar y salir de uno en uno, si no querían sufrir dolores agudos.

La mujer con el perro transformado en el cesto se acercó primero al jardín y buscó a su protectora, que fue fácil de encontrar, pues precisamente cantaba acompañándose del arpa; los dulces tonos se mostraron primero como anillos en la superficie del lago tranquilo, luego, como un soplo ligero, pusieron en movimiento la hierba y los arbustos. Estaba sentada en un prado cercado, a la sombra de un magnífico grupo de árboles diversos, y a primera vista cautivó de nuevo los ojos, el oído y el corazón de la mujer, que se le acercó con deleite y juró para sus adentros que la bella se había vuelto aún más hermosa durante su ausencia. Ya desde lejos, la buena mujer saludó y alabó a la amable muchacha.

—¡Qué felicidad veros, qué cielo extiende vuestra presencia a vuestro alrededor! ¡Cómo descansa el arpa tan encantadoramente en vuestro regazo, cómo vuestros brazos la rodean con tanta delicadeza, cómo parece anhelar vuestro pecho y cómo suena tan

tiernamente bajo el toque de vuestros delgados dedos! ¡Tres veces feliz el joven que pudiera ocupar su lugar!

Mientras decía estas palabras, se había acercado; la bella Lirio alzó los ojos, dejó caer las manos y respondió:

—No me entristezcas con un elogio inoportuno, solo siento con más fuerza mi desgracia. Mira, aquí a mis pies yace muerto el pobre canario, que solía acompañar mis canciones de la manera más agradable; estaba acostumbrado a posarse en mi arpa, y cuidadosamente adiestrado para no tocarme; hoy, mientras, reanimada por el sueño, entonaba una tranquila canción matutina, y mi pequeño cantor dejaba oír sus tonos armoniosos más vivamente que nunca, un halcón se abate sobre mi cabeza; el pobre animalito, asustado, se refugia en mi seno y en ese instante siento las últimas convulsiones de su vida que se extingue. Cierto es que, alcanzado por mi mirada, el depredador se arrastra impotente junto al agua, pero ¿de qué me sirve su castigo? Mi favorito ha muerto, y su tumba solo aumentará la triste espesura de mi jardín.

—¡Animaos, bella Lirio! —exclamó la mujer, secándose una lágrima que el relato de la desdichada muchacha le había arrancado de los ojos—. Reponeos, mi anciano me manda deciros que moderéis vuestras lágrimas, que consideréis la mayor desgracia como presagio de la mayor felicidad; pues es la hora; y en verdad —continuó la anciana—, el mundo da muchas vueltas. ¡Mirad mi mano, cómo se ha puesto negra! Ciertamente ya es mucho más pequeña, idebo darme prisa antes de que desaparezca del todo! ¿Por qué tuve que hacerles un favor a los fuegos fatuos, por qué tuve que encontrarme con el gigante y por qué sumergir mi mano en el río? ¿No podríais darme una col, una alcachofa y una cebolla? Así las llevaré al río y mi mano volverá a ser blanca como antes, tanto que casi podría ponerla junto a la vuestra.

—Coles y cebollas podrías encontrar, a lo sumo; pero alcachofas buscarás en vano. Ninguna planta en mi gran jardín da flores ni frutos; pero cada esqueje que rompo y planto sobre la tumba de un favorito, reverdece al instante y crece alto. Todos estos grupos,

estos arbustos, estas arboledas, por desgracia, los he visto crecer. Las sombrillas de estos pinos, los obeliscos de estos cipreses, los colosos de robles y hayas, todo eran pequeños esquejes plantados por mi mano como triste monumento en un suelo por lo demás estéril.

La anciana había prestado poca atención a este discurso y solo miraba su mano, que en presencia de la bella Lirio parecía cada vez más negra y más pequeña a cada minuto. Quiso tomar su cesto y marcharse en el acto, cuando sintió que había olvidado lo mejor. Sacó al instante el perro transformado y lo puso en la hierba no lejos de la bella.

—Mi marido —dijo— os envía este recuerdo, sabéis que podéis revivir esta piedra preciosa con vuestro tacto. El simpático y fiel animal os dará sin duda mucha alegría, y la tristeza que siento al perderlo solo puede ser aliviada por el pensamiento de que vos lo poseéis.

La bella Lirio miró al simpático animal con placer y, al parecer, con asombro.

—Se juntan muchas señales —dijo— que me infunden alguna esperanza; pero, ¡ay!, ¿no es acaso una ilusión de nuestra naturaleza que, cuando se acumulan muchas desgracias, nos imaginemos que lo mejor está cerca?

¿De qué me sirven tantas buenas señales?

¿La muerte del pájaro, la mano negra de la amiga?

¿El doguillo de piedra preciosa, tiene acaso su igual?

¿Y no me lo ha enviado la lámpara?

Alejada del dulce goce humano,

solo estoy familiarizada con el lamento.

¡Ay, por qué el templo no está junto al río!

¡Ay, por qué el puente no está construido!

La buena mujer había escuchado impaciente este canto, que la bella Lirio acompañaba con los agradables tonos de su arpa y que habría deleitado a cualquier otro. Estaba a punto de despedirse cuando la llegada de la serpiente verde la detuvo de nuevo. Esta había oído los últimos versos de la canción y, por ello, infundió de inmediato confianza y ánimo a la bella Lirio.

—¡La profecía del puente se ha cumplido! —exclamó—. Preguntadle a esta buena mujer cuán magnífico se ve el arco ahora. Lo que antes era jaspe opaco, lo que solo era un prasio a través del cual la luz apenas se traslucía por los bordes, se ha convertido ahora en piedra preciosa transparente. Ningún berilo es tan claro y ninguna esmeralda tan bellamente coloreada.

—Os felicito por ello —dijo Lirio—, pero perdonadme si no creo que la profecía se haya cumplido todavía. Sobre el alto arco de vuestro puente solo pueden cruzar peatones, y se nos ha prometido que caballos y carros y viajeros de todo tipo cruzarán el puente al mismo tiempo en ambas direcciones. ¿No se profetizó sobre los grandes pilares que se alzarán desde el propio río?

La anciana, que había mantenido los ojos fijos en su mano, interrumpió aquí la conversación y se despidió.

—Esperad un momento —dijo la bella Lirio—, y llevaos a mi pobre canario. Pídele a la lámpara que lo transforme en un hermoso topacio, yo lo reviviré con mi tacto y él, junto con vuestro buen doguillo, será mi mejor pasatiempo; pero daos prisa, pues con la puesta del sol una insoportable podredumbre se apoderará del pobre animal y desgarrará para siempre la hermosa cohesión de su forma.

La anciana colocó el pequeño cadáver entre hojas tiernas en el cesto y se marchó a toda prisa.

—Sea como fuere —dijo la serpiente, reanudando la conversación interrumpida—, el templo está construido.

—Pero todavía está en el río —respondió la bella.

—Aún descansa en las profundidades de la tierra —dijo la serpiente—; he visto a los reyes y he hablado con ellos.

—Pero, ¿cuándo se levantarán? —preguntó Lirio.

La serpiente respondió:

—Oí resonar las grandes palabras en el templo: es la hora.

Una agradable serenidad se extendió por el rostro de la bella.

—Escucha —dijo—, ya es la segunda vez que oigo hoy esas felices palabras; ¿cuándo llegará el día en que las oiga tres veces?

Se levantó, y al instante una encantadora muchacha salió de la espesura y le quitó el arpa. Le siguió otra, que plegó el taburete de campaña de marfil tallado en el que la bella se había sentado y tomó el cojín de plata bajo el brazo. Una tercera, que llevaba una gran sombrilla bordada con perlas, apareció entonces, esperando por si Lirio la necesitaba en algún paseo. Estas tres muchachas eran hermosas y encantadoras más allá de toda expresión, y sin embargo, solo realzaban la belleza de Lirio, pues cualquiera debía admitir que no podían compararse en absoluto con ella.

Entretanto, la bella Lirio había contemplado con agrado al maravilloso doguillo. Se inclinó, lo tocó y en ese instante saltó. Animado, miró a su alrededor, corrió de un lado a otro y finalmente se apresuró a saludar a su benefactora de la manera más amistosa. Ella lo tomó en sus brazos y lo apretó contra sí.

—Aunque estés frío —exclamó—, y aunque solo una media vida actúe en ti, eres bienvenido; te amaré tiernamente, jugaré contigo con gracia, te acariciaré con amabilidad y te apretaré con fuerza contra mi corazón.

Luego lo soltó, lo ahuyentó, lo llamó de nuevo, bromeó con él tan graciosamente y retozó tan animada e inocentemente con él en la hierba, que uno debía contemplar su alegría con nuevo deleite y participar en ella, así como poco antes su corazón afligido había movido a la compasión.

Esta serenidad, estas encantadoras bromas fueron interrumpidas por la llegada del triste joven. Entró, tal como ya lo conocemos, solo que el calor del día parecía haberlo atormentado aún más, y en presencia de la amada palidecía a cada instante. Llevaba el halcón en su mano, que estaba posado tranquilamente como una paloma y dejaba colgar las alas.

—No es amable por tu parte —le dijo Lirio—, que me traigas ante los ojos al odiado animal, al monstruo que hoy ha matado a mi pequeño cantor.

—¡No riñas al desdichado pájaro! —respondió el joven—. Acúsate más bien a ti misma y al destino, y permíteme que me ocupe del compañero de mi desdicha.

Entretanto, el doguillo no cesaba de molestar a la bella, y ella respondía al transparente favorito con el comportamiento más amistoso. Aplaudió para ahuyentarlo; luego corrió para atraerlo de nuevo hacia ella. Intentó atraparlo cuando huía y lo apartó de sí cuando intentaba arrimarse a ella. El joven observaba en silencio y con creciente disgusto; pero finalmente, cuando ella tomó en brazos al feo animal, que le parecía absolutamente abominable, lo apretó contra su blanco pecho y besó el negro hocico con sus labios celestiales, perdió toda paciencia y exclamó lleno de desesperación:

—¡Tengo yo, que por un triste destino vivo ante ti, quizás para siempre, en una presencia separada, que por ti lo he perdido todo, incluso a mí mismo, tengo que ver ante mis ojos cómo una criatura tan antinatural puede incitarte a la alegría, cautivar tu afecto y disfrutar de tu abrazo! ¿Debo seguir yendo y viniendo y midiendo el triste círculo de un lado a otro del río? No, todavía queda una chispa del antiguo valor heroico en mi pecho; ¡que estalle en este instante en su última llama! Si las piedras pueden descansar en tu pecho, que yo me convierta en piedra; si tu tacto mata, quiero morir en tus manos.

Con estas palabras, hizo un movimiento violento; el halcón voló de su mano, pero él se abalanzó sobre la bella; ella extendió las manos

para detenerlo y solo lo tocó antes. Perdió el conocimiento, y con espanto sintió ella la hermosa carga sobre su pecho. Con un grito, retrocedió, y el amable joven cayó sin vida de sus brazos al suelo.

¡La desgracia había ocurrido! La dulce Lirio permaneció inmóvil y miró fijamente el cadáver sin alma. El corazón pareció detenerse en su pecho y sus ojos estaban sin lágrimas. En vano el doguillo intentó arrancarle un gesto amistoso; el mundo entero se había extinguido con su amigo. Su desesperación muda no buscaba ayuda, pues no conocía ninguna.

En cambio, la serpiente se movía con mayor diligencia; parecía pensar en un rescate, y realmente sus extraños movimientos sirvieron al menos para impedir por un tiempo las consecuencias más terribles de la desgracia. Trazó con su cuerpo flexible un amplio círculo alrededor del cadáver, se mordió la punta de la cola con los dientes y permaneció quieta.

No mucho después, una de las bellas sirvientas de Lirio se adelantó, trajo el taburete de campaña de marfil y, con gestos amables, obligó a la bella a sentarse; poco después llegó la segunda, que llevaba un velo de color fuego y con él adornó más que cubrió la cabeza de su señora; la tercera le entregó el arpa, y apenas hubo apretado contra sí el magnífico instrumento y arrancado algunos tonos de las cuerdas, cuando la primera regresó con un espejo claro y redondo, se colocó frente a la bella, captó su mirada y le presentó la imagen más agradable que se puede encontrar en la naturaleza. El dolor realzaba su belleza, el velo sus encantos, el arpa su gracia, y por mucho que se esperara ver cambiar su triste situación, tanto se deseaba retener su imagen para siempre, tal como aparecía en ese momento.

Con una mirada silenciosa al espejo, arrancó de las cuerdas tonos ora lánguidos, ora su dolor parecía aumentar, y las cuerdas respondían violentamente con su lamento; varias veces abrió la boca para cantar, pero la voz le falló, mas pronto su dolor se disolvió en lágrimas, dos muchachas la sostuvieron solícitamente en sus brazos,

el arpa se deslizó de su regazo, apenas la rápida sirvienta pudo coger el instrumento y llevarlo a un lado.

—¿Quién nos trae al hombre de la lámpara antes de que se ponga el sol? —siseó la serpiente en voz baja pero audible; las muchachas se miraron, y las lágrimas de Lirio aumentaron. En ese momento, la mujer regresó sin aliento con el cesto.

—¡Estoy perdida y mutilada! —exclamó—. ¡Mirad cómo mi mano casi ha desaparecido por completo! Ni el barquero ni el gigante quisieron cruzarme, porque todavía soy deudora del agua; en vano he ofrecido cien coles y cien cebollas, no quieren más que las tres piezas, y no hay una sola alcachofa en estas tierras.

—Olvida tu pena —dijo la serpiente—, y trata de ayudar aquí; quizás a ti también se te pueda ayudar al mismo tiempo. Date prisa en buscar a los fuegos fatuos, todavía hay demasiada luz para verlos, pero quizás los oigas reír y revolotear. Si se dan prisa, el gigante aún los cruzará por el río, y podrán encontrar al hombre de la lámpara y enviarlo.

La mujer corrió todo lo que pudo, y la serpiente parecía esperar el regreso de ambos con tanta impaciencia como Lirio. Por desgracia, el rayo del sol poniente ya solo doraba las copas más altas de los árboles de la espesura, y largas sombras se extendían sobre el lago y el prado; la serpiente se movía impaciente y Lirio se deshacía en lágrimas.

En esta angustia, la serpiente miró por todas partes, pues temía a cada instante que el sol se pusiera, que la podredumbre atravesara el círculo mágico y atacara sin remedio al hermoso joven. Finalmente, divisó en lo alto del cielo, con plumas de color rojo púrpura, al halcón, cuyo pecho recogía los últimos rayos del sol. Se estremeció de alegría ante la buena señal, y no se equivocó; pues poco después se vio al hombre de la lámpara deslizarse sobre el lago, como si fuera en patines.

La serpiente no cambió de posición, pero Lirio se levantó y le gritó:

—¿Qué buen espíritu te envía en el momento en que tanto te anhelamos y tanto te necesitamos?

—El espíritu de mi lámpara —respondió el anciano— me impulsa y el halcón me guía hasta aquí. Crepita cuando se me necesita, y yo solo miro al cielo en busca de una señal; algún pájaro o meteoro me indica la dirección del cielo a la que debo dirigirme. ¡Tranquilízate, bellísima muchacha! Si puedo ayudar, no lo sé; uno solo no ayuda, sino quien se une con muchos en la hora adecuada. Aplacemos y esperemos. Mantén tu círculo cerrado —continuó, dirigiéndose a la serpiente, sentándose en un montículo de tierra junto a ella e iluminando el cuerpo muerto—. ¡Traed también al simpático canario y ponedlo en el círculo!

Las muchachas tomaron el pequeño cadáver del cesto, que la anciana había dejado, y obedecieron al hombre.

Entretanto, el sol se había puesto, y a medida que la oscuridad aumentaba, no solo la serpiente y la lámpara del hombre comenzaron a brillar a su manera, sino que también el velo de Lirio emitía una luz suave, que, como una delicada aurora, teñía sus pálidas mejillas y su blanco vestido con una gracia infinita. Se miraron mutuamente con silenciosa contemplación, la preocupación y el duelo se habían mitigado con una esperanza segura.

No resultó desagradable, por tanto, la aparición de la anciana en compañía de las dos vivaces llamas, que, aunque debían de haber derrochado mucho últimamente, pues se habían vuelto extremadamente delgadas, se comportaron con mayor cortesía aún hacia la princesa y las demás damas. Con la mayor seguridad y con mucha expresión, decían cosas bastante comunes, y se mostraron especialmente receptivas al encanto que el velo luminoso difundía sobre Lirio y sus compañeras. Las damas bajaron modestamente los ojos y el elogio de su belleza las embelleció realmente. Todos estaban satisfechos y tranquilos, excepto la anciana. A pesar de la seguridad de su marido de que su mano no podría disminuir más mientras estuviera iluminada por su lámpara, afirmó más de una vez

que, si aquello continuaba así, antes de medianoche este noble miembro desaparecería por completo.

El anciano de la lámpara había escuchado atentamente la conversación de los fuegos fatuos y se alegraba de que Lirio se hubiera distraído y animado con esta charla. Y, en efecto, había llegado la medianoche sin que se dieran cuenta. El anciano miró las estrellas y entonces comenzó a hablar:

—Estamos reunidos en la hora propicia, que cada uno cumpla su oficio, que cada uno cumpla su deber, y una felicidad general disolverá los dolores individuales, así como una desgracia general consume las alegrías individuales.

Tras estas palabras, se produjo un ruido maravilloso, pues todas las personas presentes hablaron por sí mismas y expresaron en voz alta lo que debían hacer, solo las tres muchachas guardaron silencio; una se había dormido junto al arpa, la otra junto a la sombrilla, la tercera junto al sillón, y no se les podía culpar, pues era tarde. Los jóvenes llameantes, después de algunas cortesías pasajeras que también habían dedicado a las sirvientas, se habían atenido finalmente solo a Lirio, como la más hermosa de todas.

—Coge —dijo el anciano al halcón— el espejo, y con el primer rayo de sol ilumina a las durmientes y despiértalas con la luz reflejada desde lo alto.

La serpiente comenzó entonces a moverse, deshizo el círculo y se arrastró lentamente en grandes anillos hacia el río. La siguieron solemnemente los dos fuegos fatuos, y se les habría tomado por las llamas más serias. La anciana y su marido cogieron el cesto, cuya suave luz apenas se había notado hasta ahora, tiraron de él por ambos lados y se hizo cada vez más grande y luminoso; luego levantaron el cadáver del joven, lo metieron dentro y le pusieron el canario sobre el pecho; el cesto se elevó y flotó sobre la cabeza de la anciana, y ella siguió a los fuegos fatuos de cerca. La bella Lirio tomó al doguillo en brazos y siguió a la anciana, el hombre de la

lámpara cerraba la comitiva, y la región estaba iluminada de la manera más extraña por estas luces diversas.

Pero no fue con poca admiración como la compañía vio, al llegar al río, un magnífico arco que se extendía sobre él, mediante el cual la benéfica serpiente les preparaba un camino resplandeciente. Si de día se habían admirado las piedras preciosas transparentes de las que parecía compuesto el puente, de noche se asombraron de su esplendor luminoso. Por arriba, el círculo claro se recortaba nítidamente contra el cielo oscuro, pero por abajo, vivos rayos se lanzaban hacia el centro y mostraban la firmeza móvil de la construcción. La comitiva cruzó lentamente, y el barquero, que observaba desde lejos desde su cabaña, contempló con asombro el círculo luminoso y las extrañas luces que pasaban sobre él.

Apenas llegaron a la otra orilla, el arco comenzó a oscilar a su manera y a acercarse al agua en forma de ondas. La serpiente se movió poco después hacia tierra, el cesto se posó en el suelo, y la serpiente trazó de nuevo su círculo a su alrededor. El anciano se inclinó ante ella y dijo:

—¿Qué has decidido?

—Sacrificarme antes de ser sacrificada —respondió la serpiente—; prométeme que no dejarás ni una piedra en la orilla.

El anciano lo prometió y luego dijo a la bella Lirio:

—Toca a la serpiente con la mano izquierda y a tu amado con la derecha.

Lirio se arrodilló y tocó a la serpiente y al cadáver. Al instante, este pareció volver a la vida, se movió en el cesto, e incluso se incorporó y se sentó; Lirio quiso abrazarlo, pero el anciano la detuvo, y en cambio ayudó al joven a levantarse y lo guio mientras salía del cesto y del círculo.

El joven estaba de pie, el canario revoloteaba sobre su hombro, había vida de nuevo en ambos, pero el espíritu aún no había regresado; el hermoso amigo tenía los ojos abiertos y no veía, al

menos parecía mirar todo sin participación, y apenas se había calmado un poco el asombro por este suceso, cuando se notó cuán extrañamente se había transformado la serpiente. Su hermoso y esbelto cuerpo se había descompuesto en miles y miles de piedras preciosas luminosas; la anciana, que quería coger su cesto, había tropezado imprudentemente con ella, y ya no se veía nada de la forma de la serpiente, solo un hermoso círculo de piedras preciosas luminosas yacía en la hierba.

El anciano se dispuso de inmediato a recoger las piedras en el cesto, para lo cual su mujer tuvo que ayudarle. Ambos llevaron entonces el cesto hacia la orilla, a un lugar elevado, y él vertió toda la carga en el río, no sin la reticencia de la bella y de su esposa, a quienes les habría gustado escoger alguna. Como estrellas luminosas y centelleantes, las piedras flotaron con las olas, y no se podía distinguir si se perdían en la distancia o se hundían.

—Señores —dijo entonces el anciano respetuosamente a los fuegos fatuos—, ahora os mostraré el camino y abriré el pasadizo, pero nos prestaréis el mayor servicio si nos abris la puerta del santuario, por la que debemos entrar una vez y que nadie más que vosotros puede abrir.

Los fuegos fatuos se inclinaron cortésmente y se quedaron atrás. El anciano de la lámpara fue delante hacia la roca, que se abrió ante él; el joven lo siguió, como mecánicamente; Lirio se mantuvo en silencio e incierta a cierta distancia detrás de él; la anciana no quería quedarse atrás y extendió la mano para que la luz de la lámpara de su marido la iluminara. Entonces los fuegos fatuos cerraron la marcha, inclinando las puntas de sus llamas y pareciendo hablar entre sí.

No habían caminado mucho cuando la comitiva se encontró ante una gran puerta de bronce, cuyas hojas estaban cerradas con un candado de oro. El anciano llamó de inmediato a los fuegos fatuos, que no se hicieron de rogar, sino que, diligentes, con sus llamas más puntiagudas, consumieron el candado y el cerrojo.

El bronce resonó con fuerza cuando las puertas se abrieron de golpe y en el santuario aparecieron las dignas imágenes de los reyes, iluminadas por las luces que entraban. Todos se inclinaron ante los venerables soberanos, especialmente los fuegos fatuos no escatimaron en rebuscadas reverencias.

Tras una pausa, el rey de oro preguntó:

—¿De dónde venís?

—Del mundo —respondió el anciano.

—¿A dónde vais? —preguntó el rey de plata.

—Al mundo —dijo la anciana.

—¿Qué queréis de nosotros? —preguntó el rey de bronce.

—Acompañaros —dijo el anciano.

El rey mixto estaba a punto de hablar, cuando el de oro dijo a los fuegos fatuos, que se le habían acercado demasiado:

—Apartaos de mí, mi oro no es para vuestro paladar.

Ellos se volvieron entonces hacia el de plata y se acurrucaron junto a él, su ropaje brilló hermosamente con el reflejo amarillento de ellos.

—Sois bienvenidos —dijo—, pero no puedo alimentaros; saciaos fuera y traedme vuestra luz.

Se alejaron y se deslizaron, pasando junto al de bronce, que no pareció notarlos, hacia el compuesto.

—¿Quién gobernará el mundo? —exclamó este con voz tartamuda.

—Quien se sostiene sobre sus pies —respondió el anciano.

—¡Ese soy yo! —dijo el rey mixto.

—Se revelará —dijo el anciano—, pues es la hora.

La bella Lirio se echó al cuello del anciano y lo besó de todo corazón.

—Santo padre —dijo—, te doy mil gracias, pues oigo por tercera vez la palabra más profética.

Apenas había terminado de hablar, se aferró aún más fuerte al anciano, pues el suelo comenzó a temblar bajo ellos, la anciana y el joven también se agarraron el uno al otro, solo los movedizos fuegos fatuos no notaron nada.

Se podía sentir claramente que todo el templo se movía, como un barco que se aleja suavemente del puerto cuando se levantan las anclas; las profundidades de la tierra parecían abrirse ante él a su paso. No chocó con nada, ninguna roca se interpuso en su camino.

Por unos instantes, pareció caer una fina lluvia a través de la abertura de la cúpula; el anciano sujetó con más fuerza a la bella Lirio y le dijo:

—Estamos bajo el río y pronto llegaremos a nuestro destino.

Poco después creyeron detenerse, pero se equivocaban; el templo ascendía.

Entonces se produjo un extraño estruendo sobre sus cabezas. Tablas y vigas, en una conexión informe, comenzaron a entrar crujiendo por la abertura de la cúpula. Lirio y la anciana saltaron a un lado, el hombre de la lámpara cogió al joven y se quedó quieto. La pequeña cabaña del barquero, pues era ella la que el templo, al ascender, había separado del suelo y acogido en su interior, se hundió gradualmente y cubrió al joven y al anciano.

Las mujeres gritaron con fuerza, y el templo se estremeció como un barco que choca inesperadamente contra la orilla. Angustiadas, las mujeres vagaban en la penumbra alrededor de la cabaña, la puerta estaba cerrada y nadie oía sus golpes. Golpearon con más fuerza y no se extrañaron poco cuando finalmente la madera comenzó a resonar. Por la fuerza de la lámpara encerrada, la cabaña se había convertido en plata desde dentro. No mucho después, incluso cambió de forma; pues el noble metal abandonó las formas casuales de las tablas, postes y vigas, y se expandió hasta convertirse en una magnífica construcción de obra repujada. Ahora

se erigía un espléndido y pequeño templo en medio del grande, o si se quiere, un altar digno del templo.

Por una escalera que subía desde el interior, ascendió entonces el noble joven, el hombre de la lámpara lo iluminaba, y otro parecía sostenerlo, que apareció con una corta túnica blanca y un remo de plata en la mano; se reconoció en él de inmediato al barquero, el antiguo habitante de la cabaña transformada.

La bella Lirio subió los escalones exteriores que conducían del templo al altar, pero aún debía mantenerse alejada de su amado. La anciana, cuya mano, mientras la lámpara había estado oculta, se había vuelto cada vez más pequeña, exclamó:

—¿Voy a ser todavía desdichada?

Su marido señaló hacia la puerta abierta y dijo:

—Mira, amanece, idate prisa y báñate en el río!

—¡Qué consejo! —exclamó ella—. Seguramente me volveré completamente negra y desapareceré, ¡si todavía no he pagado mi deuda!

—¡Ve —dijo el anciano— y sígueme! Todas las deudas están saldadas.

La anciana se fue a toda prisa, y en ese instante apareció la luz del sol naciente en la cornisa de la cúpula. El anciano se interpuso entre el joven y la doncella y exclamó con voz potente:

—Tres son los que reinan en la tierra: la Sabiduría, la Apariencia y la Fuerza.

A la primera palabra, se levantó el rey de oro, a la segunda el de plata, y a la tercera el de bronce se había erguido lentamente, cuando el rey compuesto se sentó de repente con torpeza.

Quien lo vio, a pesar del momento solemne, apenas pudo contener la risa, pues no estaba sentado, ni acostado, ni apoyado, sino que se había desplomado formalmente.

Los fuegos fatuos, que hasta entonces se habían ocupado de él, se apartaron; parecían, aunque pálidos a la luz de la mañana, de nuevo bien alimentados y en plenas llamas; habían lamido hábilmente con sus puntiagudas lenguas las vetas de oro de la colosal imagen hasta lo más profundo. Los espacios vacíos e irregulares que así se crearon se mantuvieron abiertos durante un tiempo y la figura conservó su forma anterior. Pero cuando finalmente se consumieron también las vetillas más finas, la imagen se derrumbó de repente y, por desgracia, precisamente en las partes que permanecen enteras cuando una persona se sienta; en cambio, las articulaciones que deberían haberse doblado permanecieron rígidas. Quien no pudo reír, tuvo que apartar la vista; aquel híbrido entre forma y masa informe era desagradable de ver.

El hombre de la lámpara condujo entonces al hermoso, pero todavía con la mirada fija, joven desde el altar y directamente hacia el rey de bronce. A los pies del poderoso príncipe yacía una espada en una vaina de bronce. El joven se la ciñó.

—¡La espada a la izquierda, la diestra libre! —exclamó el imponente rey.

Se dirigieron entonces al de plata, que inclinó su cetro hacia el joven. Este lo cogió con la mano izquierda, y el rey dijo con voz amable:

—¡Apacienta las ovejas!

Cuando llegaron al rey de oro, este, con un gesto de bendición paternal, colocó la corona de roble sobre la cabeza del joven y dijo:

—¡Reconoce lo supremo!

El anciano, durante este recorrido, había observado atentamente al joven. Tras ceñirse la espada, su pecho se irguió, sus brazos se movieron y sus pies pisaron con más firmeza; al tomar el cetro en la mano, la fuerza pareció mitigarse y volverse aún más poderosa por un encanto inefable; pero cuando la corona de roble adornó sus rizos, sus rasgos se avivaron, sus ojos brillaron con un espíritu inexpresable, y la primera palabra de su boca fue «Lirio».

—¡Amada Lirio! —exclamó mientras ella subía corriendo los escalones de plata hacia él; pues ella había observado su viaje desde la almena del altar—. ¡Amada Lirio! ¿Qué puede desear de máspreciado el hombre, dotado de todo, que la inocencia y el afecto silencioso que tu pecho me ofrece? ¡Oh, amigo mío! —continuó, volviéndose hacia el anciano y mirando las tres santas estatuas—, magnífico y seguro es el reino de nuestros padres, pero has olvidado la cuarta fuerza, que rige el mundo de manera aún más temprana, más universal, más cierta: la fuerza del amor.

Con estas palabras, se arrojó al cuello de la hermosa muchacha; ella se había quitado el velo y sus mejillas se tiñeron con el más bello e imperecedero rubor.

Entonces el anciano dijo sonriendo:

—El amor no reina, pero forma, y eso es más.

En medio de esta solemnidad, de la felicidad, del deleite, no habían notado que el día había amanecido por completo, y ahora, de repente, a través de la puerta abierta, objetos completamente inesperados se presentaron ante los ojos de la compañía. Una gran plaza rodeada de columnas formaba el atrio, a cuyo extremo se veía un largo y magnífico puente que cruzaba el río con muchos arcos; estaba cómodamente y espléndidamente dispuesto a ambos lados con pórticos para los caminantes, de los cuales ya se habían congregado muchos miles, que iban y venían afanosamente. El gran camino central estaba animado por rebaños y mulas, jinetes y carros, que fluían en ambas direcciones como ríos, sin estorbarse. Todos parecían maravillarse de la comodidad y el esplendor, y el nuevo rey con su consorte estaba tan encantado con el movimiento y la vida de este gran pueblo como su amor mutuo los hacía felices.

—Honra la memoria de la serpiente —dijo el hombre de la lámpara—, le debes la vida, y tus pueblos le deben el puente, por el cual estas orillas vecinas son vivificadas y unidas por primera vez en tierras. Aquellas piedras preciosas flotantes y luminosas, los restos

de su cuerpo sacrificado, son los pilares de este magnífico puente, sobre ellos se ha construido a sí misma y se mantendrá.

Estaban a punto de pedirle la aclaración de este maravilloso misterio, cuando cuatro hermosas muchachas entraron por la puerta del templo. Por el arpa, la sombrilla y el sillón de campaña se reconoció de inmediato a las compañeras de Lirio, pero la cuarta, más hermosa que las tres, era una desconocida que, bromeando como una hermana con ellas, cruzó apresuradamente el templo y subió los escalones de plata.

—¿Me creerás más en el futuro, amada esposa? —dijo el hombre de la lámpara a la bella—. ¡Bien por ti y por toda criatura que se bañe esta mañana en el río!

La anciana, rejuvenecida y embellecida, de cuya antigua forma no quedaba ni rastro, abrazó con brazos vivos y juveniles al hombre de la lámpara, que recibió sus caricias con amabilidad.

—Si soy demasiado viejo para ti —dijo sonriendo—, puedes elegir hoy otro esposo; a partir de hoy, ningún matrimonio es válido si no se celebra de nuevo.

—¿No sabes —respondió ella— que tú también has rejuvenecido?

—Me alegra parecer un apuesto joven a tus ojos juveniles; tomo tu mano de nuevo, y con gusto viviré contigo el próximo milenio.

La reina dio la bienvenida a su nueva amiga y bajó con ella y las demás compañeras al altar, mientras el rey, en medio de los dos hombres, miraba hacia el puente y observaba atentamente el bullicio del pueblo.

Pero no duró mucho su satisfacción, pues vio un objeto que le causó un disgusto momentáneo. El gran gigante, que no parecía haberse recuperado aún de su sueño matutino, se tambaleaba por el puente y causaba allí un gran desorden. Se había levantado, como de costumbre, medio dormido y pensaba bañarse en la conocida ensenada del río; en lugar de ella, encontró tierra firme y andaba a tientas sobre el ancho pavimento del puente. Aunque se movía entre

la gente y el ganado de la manera más torpe, su presencia fue admirada por todos, pero no sentida por nadie; pero cuando el sol le dio en los ojos y levantó las manos para restregárselos, la sombra de sus enormes puños se movió detrás de él con tal fuerza y torpeza entre la multitud que hombres y animales cayeron en grandes masas, resultaron heridos y corrieron peligro de ser arrojados al río.

El rey, al ver esta fechoría, echó mano a la espada con un movimiento involuntario, pero se contuvo y miró primero con calma su cetro, luego la lámpara y el remo de sus compañeros.

—Adivino tus pensamientos —dijo el hombre de la lámpara—, pero nosotros y nuestras fuerzas somos impotentes contra los impotentes. ¡Tranquilo! Daña por última vez, y afortunadamente su sombra está de espaldas a nosotros.

Entretanto, el gigante se había acercado cada vez más, había bajado las manos asombrado por lo que veía con los ojos abiertos, ya no hacía daño a nadie, y entró boquiabierto en el atrio.

Se dirigía directamente a la puerta del templo cuando, de repente, quedó inmovilizado en medio del patio. Se erguía como una colosal y poderosa estatua de piedra rojiza y brillante, y su sombra marcaba las horas, que estaban incrustadas en un círculo en el suelo a su alrededor, no en números, sino en nobles y significativas imágenes.

No poco se alegró el rey de ver la sombra del monstruo en una dirección útil; no poco se asombró la reina, que, al subir del altar adornada con mayor esplendor con sus doncellas, vio la extraña imagen que casi cubría la vista desde el templo hacia el puente.

Entretanto, el pueblo se había agolpado tras el gigante, y cuando se detuvo, lo rodearon y admiraron su transformación. Desde allí, la multitud se volvió hacia el templo, que pareció notar solo entonces, y se agolpó en la puerta.

En ese momento, el halcón con el espejo flotó en lo alto sobre la cúpula, captó la luz del sol y la proyectó sobre el grupo que estaba en el altar. El rey, la reina y sus acompañantes aparecieron en la bóveda penumbrosa del templo, iluminados por un resplandor

celestial, y el pueblo cayó rostro en tierra. Cuando la multitud se recuperó y se levantó, el rey con los suyos había descendido al altar para dirigirse a su palacio por pasadizos ocultos, y el pueblo se dispersó por el templo para satisfacer su curiosidad. Contemplaron a los tres reyes erguidos con asombro y reverencia, pero se volvieron aún más curiosos por saber qué bulto se ocultaba bajo la alfombra en el cuarto nicho; pues, quienquiera que hubiese sido, una modestia bienintencionada había extendido una magnífica cubierta sobre el rey desplomado, que ningún ojo puede penetrar y ninguna mano se atreve a levantar.

El pueblo no habría encontrado fin a su contemplación y admiración, y la multitud que se agolpaba se habría aplastado en el propio templo, si su atención no se hubiera dirigido de nuevo a la gran plaza.

Inesperadamente, cayeron piezas de oro, como del cielo, tintineando sobre las losas de mármol; los caminantes más cercanos se abalanzaron sobre ellas para apoderarse de ellas; este milagro se repitió individualmente, y ya aquí, ya allá. Se comprende bien que los fuegos fatuos que se marchaban se divirtieron aquí una vez más y derrocharon de manera jocosa el oro de los miembros del rey desplomado. El pueblo corrió ávidamente de un lado a otro durante un tiempo, se empujó y se desgarró, incluso cuando ya no caían más piezas de oro. Finalmente, se fue dispersando gradualmente, siguió su camino, y hasta el día de hoy el puente bulle de caminantes, y el templo es el más visitado de toda la tierra.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB